

se habían adherido á su política de una manera incondicional. Sorprendióle la muerte en plena tarea, cuando la obra de reconstitución empezaba á esbozarse apenas, y su sucesor hubo de contar con un factor de menos en la lucha: el prestigio personal del eminente desaparecido no podía ser substituido prontamente; tropiezo que habrán de experimentar en todos tiempos y en todas partes los sucesores directos de todo gobernante excepcionalmente prestigiado. La política del Gobierno del Sr. Lerdo, más teórica que práctica; la orientación de sus anhelos, más analítica que sintética; la característica vacilación del nuevo Presidente, noblemente disculpada por su incondicional apego, más utópico que experimental, á los detalles de la ley escrita, no eran elementos señaladamente propicios á la prosecución de la obra iniciada, y ésta se estancó en parte y en parte retrogradó. La gobernación mexicana, de 1873 á 1876, fué débil, ficticia, vacilante y peligrosa. Fuera de los círculos íntimamente ligados con la Administración, nadie, ó casi nadie, tenía fe sólida en el Gobierno. Repitiendo una frase que hemos encontrado en una carta privada de un político de entonces, nada hostil al Gobierno, por cierto, diremos que "se sentía ese Gobierno no podía ser el definitivo."

Fué entonces cuando en el escenario político apareció francamente la figura del General Díaz, ostentando sus aspiraciones á la primera Magistratura de la República. La nación, comprendiendo más por intuición que por razonamiento, la necesidad de una acción gubernativa más enérgica y eficaz, le acogió con beneplácito y cifró sus esperanzas en el caudillo que, en la flor de la edad viril, ornaba ya sus sienes con el inmarcesible laurel que había conquistado defendiendo á la patria de la agresión extranjera. Pero esa buena voluntad era inconsciente y del todo desorientada. Se pedía algo al caudillo victorioso, pero no se acertaba á formular con precisión ese algo. Al ornarse con la banda presidencial, el General Díaz se encontró frente al monstruo más formidable que pudiera amedrentar á un gobernante: la anarquía cívica.

* * *

El florecimiento de México está íntimamente ligado con la personalidad de su Presidente, el Sr. General Don Porfirio Díaz: hay más todavía: puede afirmarse, sin temor alguno de que el fallo inflexible y preciso de la historia pueda desmentir nunca esta afirmación, que la nueva faz de la benéfica evolución por que atraviesa la República, se debe en todas sus partes á la gestión de ese hombre verdaderamente excepcional en los anales de la historia latino americana.

No corresponde á la índole de este libro hacer una biografía del General Díaz: la historia de su vida es sobradamente conocida de todos los que se han preocupado, en nuestro país y en países extranjeros, por conocer los sucesos que conmovieron el continente americano durante la segunda, para aquél azarosa, mitad del siglo XIX. Se sabe que desde muy joven puso su vida y su tranquilidad al servicio de su patria y que sus dotes guerreras, de valor, de serenidad y de organización, hicieron de él uno de los más esclarecidos duques militares de América. Se sabe que, desde muy joven también, prestó importantes servicios á la administración civil de su país. Propios y extraños conocen su alta generosidad y su señalado humanitarismo, aun entre las densas nubes de la pólvora. Se le conoce como un trabajador infatigable y se sabe que, en las breves épocas en que viviera retirado de los campos de batalla y de la política militante, consagró siempre sus energías al trabajo productivo, á la noble y fundamental fecundación de la tierra. Se sabe, por último, que su vida privada y familiar siempre fué un espejo de honradez y de rectitud. Holgaría, pues, que nuestra débil pluma repitiese lo que otras más selectas han reseñado. En este ligero boceto sólo pretendemos hacer, á grandes rasgos, algunas consideraciones acerca de la influencia general, perdurable, positiva, que la personalidad de Díaz ha ejercido en el actual y fecundo florecimiento de México, influencia que habrá de ser fuente inagotable de progresos ulteriores y que habrá de sentirse y de reconocerse en todo nuestro futuro nacional. La narración concreta de los pasos por él dados en cada uno de los ramos de la actividad nacional se encontrará en otras secciones de este libro.

* * *

Al dar, pues, principio el General Díaz á su labor gubernativa, en 1877, hallábase al frente de un organismo deshecho, enfermo en cada uno de sus componentes, capaz sólo de un vago funcionamiento inerte. Vegetaba la nación, no vivía. Las cajas nacionales hallábanse exhaustas y hubieran sido vanos cuantos esfuerzos se hicieran por conseguir dinero en países extranjeros. Si, como ya hemos dicho, el nuevo estado de cosas ofrecía al país algunas risueñas esperanzas, los países extranjeros no tenían por qué confiar en aquellos momentos y aun veían á la República con muy marcada desconfianza. Muchos países europeos no querían reanudar sus relaciones diplomáticas con México, temerosos de que en breve claudicara la estabilidad de las instituciones y convencidos de que el país, tradicionalmente revoltoso é intranquilo, no ofrecía aún prendas mayores de orden y de respetabilidad. En países extranjeros comprendíase, sin duda más claramente que en México mismo, que este país solo podría encontrar su salvación en un Gobierno fuerte y poderoso, capaz de ahogar todas las ambiciones bastardas trastornadoras del orden y de imponerse sin discusión sobre todos los elementos constituyentes de la nación, á fin de poder aprovechar de entre éstos todos los que, por cualquiera consideración, pudiesen ser útiles en la reconstitución nacional.

El problema más general que se presentaba, pues, á la resolución de un gobernante de vastas miras é inspirado en los intereses positivos de la patria, era el de crear la solidaridad nacional, el de producir una cohesión benéfica entre los elementos disolventes que existían. Esta tendencia requería, empero, largo tiempo para ser puesta en práctica, y no podía ser expuesta á la nación en forma clara y precisa, porque no hubiera sido comprendida. Para "entrar" sin tropiezos en el ánimo público, el General Díaz apeló en sus proclamas primitivas á razones aparentes que él conocía bien como las más eficaces para atraer á la inconsciente voluntad nacional en torno de su bandera; pero se reservó sus grandes miras para no revelarlas sino paulatina y oportunamente con la elocuencia de los hechos. La extraordinaria congruencia de los actos de Díaz durante los seis períodos constitucionales de su Gobierno, demuestra claramente la exacta preexistencia de su vasto programa político. A este respecto, uno de nuestros más sesudos sociólogos, el Lic. Julio Guerrero, ha dicho con gran precisión

those who had by no means accepted his political leadership in an unconditional manner. Death surprised him when his work of reconstitution was hardly commenced and his successor had to carry on the struggle with one important resource less: the great personal influence of the great man who had disappeared could not at once be substituted, a difficulty which will always have to be met in all parts of the world by the direct successor of every statesman of exceptional prestige. The policy of the Lerdo Administration, which was more theoretical than practical, the direction of his ambitions, more analytical than synthetic, the characteristic vacillation of the new President which was greatly excused by his undoubted dedication, more utopian than practical, to the details of the written law, were not qualities that were specially adapted to the prosecution of a work of this character, which was in part suspended and in part undone. The Mexican Administration from 1873 to 1876 was weak, vacillating and dangerous. Outside of the circles that were intimately connected with the Administration, none or very few persons had any real faith in the Government. Repeating a phrase that we have found in a private letter from a politician of those days, who certainly was in no way hostile to the Government, we may say that "it was felt that that Government could not be permanent."

It was in those days that the figure of Gen. Díaz frankly made its appearance on the political stage, clearly indicating his ambition to the post of Chief Executive of the Republic. Comprehending rather by intuition than by reasoning, the necessity of a more energetic and efficient policy in the Administration, the Nation received him with pleasure and founded its hopes on this leader who in the flower of manhood, still carried on his brow the unstained laurels that he had conquered in the defense of his country against a foreign invader. But this good will was without knowledge and without any fixed direction. The people demanded something of the victorious leader but without being able to state exactly what they desired, so that when Gen. Díaz came to put on the Presidential band he found himself face to face with the most formidable monster that could dishearten a governing statesman: civic anarchy.

* * *

The prosperity of Mexico is intimately connected with the personality of its President, Gen. Porfirio Díaz, and we may go farther yet and declare, without any fear of our assertion being refuted by the inflexible and exact judgement of history, that the new phase of the beneficent evolution which the Republic is now undergoing is in every way due to the Administration of this man, who is endowed with qualities that are really exceptional in the annals of Latin-American history.

It is not within the scope of this book to enter on a biographical history of Gen. Díaz: the history of his life is too well known to all those who in our country or abroad have kept themselves informed of the events that agitated the American Continent during the second half of the nineteenth Century. It is well-known that from early youth he placed his life and services at the disposal of his country, and that his talent for war and organization, his courage and serenity, made him one of the most distinguished military leaders of America. It is also well-known that even in early youth he rendered important services in the Civil Administration of his country. Both natives and foreigners know his high generosity and his humanitarian spirit, even under the stress of battle. He is also well-known as an unwearying worker who in the brief periods during which he lived a retired life far from the fields of battle and militant politics, always consecrated his energies to productive labor, to the noble and fundamental fecundation of the soil. And lastly, it is well-known that in private and family life he was always a mirror of honesty and rectitude. It would therefore be useless for our weak pen to repeat what other and better pens have already written. In this brief sketch we only attempt to present in a broad way, some considerations relative to the general and efficient influence which the personality of Gen. Díaz has exercised in the present unquestionable prosperity of Mexico, an influence that will be an inexhaustible source of future progress and which will make itself felt and recognized in all our national future. The concrete relation of all the steps taken by him in each branch of national activity will be found in other sections of this book.

* * *

On commencing his administrative labors in 1877 Gen. Díaz found himself face to face with a disrupted organism, diseased in every one of its component parts and only capable of a vague and inert action. The Nation vegetated and did not live. The National Treasury was exhausted and every effort that could be made to raise money in foreign countries would have been in vain. If, as we have already stated, the new situation offered a smiling future to the country, foreign nations had no reason to share those hopes and at that moment looked on the Republic with marked distrust. Many European Nations hesitated to renew their diplomatic relations with Mexico, fearing that the stability of the institutions would soon come to an end, and convinced that the Republic was traditionally addicted to revolution and disorder would not present even now any reliable guarantees of order and stability. They understood, undoubtedly better than in México itself, that this country could only work out its salvation with a strong and powerful Government capable of controlling all the bastard ambitions that might raise the flag of revolution and of imposing itself without any discussion, over all the constituent elements of the Nation in order to be able to utilize amongst these, all those that for any reason whatever might be of use in the national re-constitution.

The most general problem which therefore presented itself for the decision of an Administration that was capable of taking in a large horizon and looking to the real interests of the country, was that of creating a national solidarity and of bringing about a beneficent cohesion between the dissolving elements that then existed. The solution of this problem naturally required a long time before it could be put in practice and could not be laid before the nation in a clear and exact form because it would not have been understood. In order to avoid difficulties in influencing the public mind, Gen. Díaz appealed in his first proclamations to the self-evident arguments which he well knew as the most efficient to attract the unreasoning national will to his standard but he reserved to himself his great views, so as not to reveal them except slowly and in due time by the eloquence of the accomplished facts. The extraordinary consistency of the Díaz Administration during the six constitutional terms for which he has held the reins of Government, clearly shows the exact preexistence of a vast political program. On this point, one of our most learned sociologists Lic.